alas que se remontan victoriosas a los cuatro rumbos del espíritu, porque impulsadas por el Aquilón de la verdad, son portadoras del Mandamiento Nuevo, del Gran Mensaje de la fraternidad universal.

La visión del Profeta en Caldea, heraldo lontano de la civilización cristiana y del progreso, es como el primer capítulo del Apocalipsis; descifra el enigma de la vida y toma hoy una realización de gracia y salvación que calma las inquietudes espirituales del hombre.

Pero de entre los discípulos hubo uno que sí comprendió el sentido profundo, la filosofía divina contenida en aquella escena que acababa de desarrollarse. Fué aquel sacerdote predilecto de Cristo, Juan, que se recostó en su pecho y oyó las palpitaciones de aquel corazón ardiente.

Después él nos ha contado lo que entonces intuyera, en un lenguaje que espanta de sublimidad y de misterio; nos descubre las bellezas del alma de Cristo y revela cosas trascendentales y sagradas, incógnitas de fe que superan la sabiduría de todas las escuelas del saber allende y aquende la Cruz.

El sentimiento cristiano en tal forma, abre la senda de insospechadas posibilidades divinas, capaces de elevar la especie humana a categorías supremas.

Por eso besó Jesús los pies a los discípulos.

(De Cyplactly, revista salvadoreña.)

La vida de Don Gabriel García Moreno

Por Manuel Gálvez

Buenos Aires, Rep. Argentina, 1942

Hacia la santidad

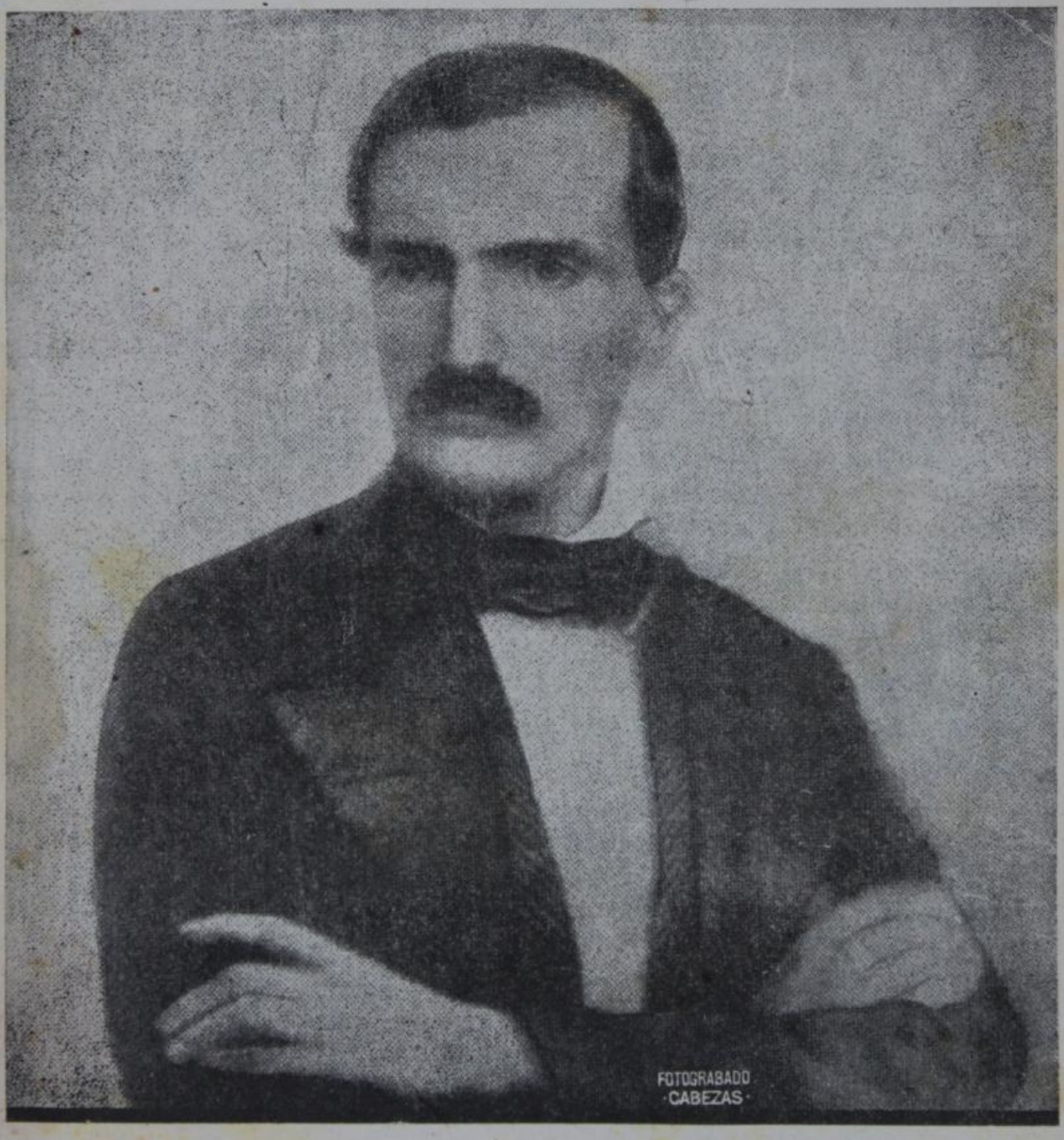
Gabriel García Moreno ha cumplido cincuenta años en diciembre de 1871, cuando lleva dos en su segunda Presidencia. No es, pues, un anciano ni lo será en los próximos primeros años. Por el contrario conserva su agilidad física de siempre y su poderoso vigor mental. Viaja de aquí para allí. Y trabaja como nunca, acaso, ha trabajado en su vida de implacable trabajador.

A los cincuenta años, ningún hombre sano y fuerte se encuentra con sus pasiones aletárgadas o apagadas por la simple acción del tiempo y menos un hombre de tan grandes pasiones como García Moreno. Si él ha cambiado, no es por decrepitud o principio de decadencia, sino por obra de su voluntad.

Desde su infancia ha venido luchando contra sí mismo. Por momentos parece que hubiera abandonado toda lucha o, a ló menos, que hubiera cedido en algún punto. Pero el deseo de vencer, de vencerse, vuelve en seguida a adueñarse de su voluntad. Poco a poco se han ido mitigando sus profundos odios. Desde hace años no injuria a sus enemigos. Sus violencia-

tremendas desaparecen por completo. ¡Qué lejos han quedado sus bofetones al militar, al Dr. Miño y al ministro Bustamante, sus ataques a los convencionales de Cuenca, la flagelación de Ayarza, el fusilamiento de Maldonado, el martirio de Borja!

¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo y por qué motivos ha cambiado tanto García Moreno? Sencillamente porque se propuso alcanzar la perfección cristiana.



Don Gabriel García Moreno

Para esto ha tenido que domar su mala naturaleza, combatir sin descanso contra el hombre antiguo, despreciarse a sí mismo, orar, castigarse. Pocos hombres han luchado como él. Muchos seres nacen santos, y basta el ejemplo de Teresita del Niño Jesús. Otros que han nacido con una naturaleza viciosa o apasionada hasta el exceso, deberán luchar toda su vida para

arrancarse de su entraña su inclinación al mal. A esta familia de hombres, que es la de los San Agustín y San Ignacio de Loyola, pertenece Gabriel García Moreno. Sus panegiristas han tratado de ocultar o paliar sus errores y sus graves defectos, imaginando que ellos podrían perjudicar a sus seis años de vida heroica, a su fama de "santidad"; y sus enemigos han agrandado inconmesurablemente esos errores y defectos, olvidándose de los años de virtud, que, por ser los últimos, son los que valen. Unos y otros, faltos de comprensión humana, se equivocan. Porque lo más grande que hay en la vida de García Moreno, más que sus geniales actos de gobernante, es la lucha heroica contra sus pasiones, su tenacísimo amor a la perfección cristiana y a Dios y su maciza fe de creyente. Todo eso fué lo que para vencerse, movió a este violento, a este orgulloso, que llega a tornarse, por influencia de Cristo, en un hombre de caridad.

Desde hace muchos años García Moreno es austero. Pero ahora su vida es la de un monje.

Se levanta a las seis de la mañana, haga calor o frío, y oye misa, en la que comulga casi todos los días. De la iglesia va a hacer su cotidiana visita a los pobres y enfermos del Hospital. A las siete ya está trabajando Suspende su labor a las diez, para tomar un frugal almuerzo. Vuelve a sus tareas hasta las tres de la tarde, o un poco más. Hacia las cuatro hace su comida, igualmente frugal como su almuerzo. Después de comer, y hasta las seis, realiza algunas visitas e inspecciona ciertas obras del Gobierno. Dedica tres horas a su familia y sus amigos y probablemente también a sus oraciones. A las nueve, cuando todos los demás de su casa van a acostarse, él lee diarios, escribe cartas. En este trabajo permanece hasta las once o las doce, hora en que se acuesta.

No asiste al teatro ni a fiestas. No da comidas ni las acepta. No bebe vino sino muy raras veces. No fuma, pero toma rapé. Como otros hombres excepcionales y de temperamento análogo al suyo, como Felipe II, el doctor Francia o don Juan Manuel de Rosas, él lo hace todo. No confía gran cosa en los demás. Está al tanto de los menores detalles de la administración. El también podría decir: "El Estado soy yo."

Pero todo eso constituye su vida material, su vida visible para los otros. Por bien ordenada y noble que sea, no deja adivinar la hondura de la vida de su alma. Esta existencia espiritual, oculta a los ojos del mundo, es conocida por una página escrita de su mano y encontrada después de su muerte. La vida espiritual de García Moreno es la de un santo. ¿Cómo tiene tiempo, en medio de sus afanes de gobernante, para tan honda vida del alma? ¿Cómo su preocupación en las minucias de jefe de la administración pública no le distrae, ni le materializa? El secreto está en una palabra del programa que se ha impuesto: "conservar siempre la presencia de Dios". Para quienes ignoran este bello dogma, recordemos que Dios está presente en el

cristiano dentro de su alma, de la que no se ausenta sino por el pecado mortal. "Conservemos la presencia de Dios", significa representarse, en cualquier momento, aunque en menos de un segundo, que Dios está en nuestra alma, en nuestro interior. El hombre que tiene a Dios en su pecho no necesita más que cerrar los ojos—y aun esto no es indispensable—y mirar dentro de sí mismo. Allí lo encuentra, en su ser que se ha convertido en un templo. A El le consulta el cristiano, le pide ayuda, le reza. Todo esto y mucho más, significa la "presencia de Dios."

García Moreno divide en dos partes su programa de vida espiritual. En la primera, que se refiere a su vida pública, se obliga a no hacer nada sin pensarlo o sin que lo hayan pensado otros; a escribir todas las mañanas lo que ha de hacer en el día; a observar escrupulosamente las leyes. Todo esto, en realidad, no es la vida del alma, pero en el cuarto artículo de su programa, establece que todo ha de realizarlo, exclusivamente, ad mayorem Dei gloriam, a la mayor gloria de Dios.

La segunda parte, que se refiere a su vida privada, nos muestra al hombre que busca la perfecta virtud. En este admirable documento, se ven sus luchas contra sí mismo, su sed de Dios, su temperamento místico. En los primeros ocho artículos se impone la obligación, en la oración de la mañana, de "pedir particularmente la humildad"; de trabajar de un modo útil y perseveramente y de distribuir su tiempo; de contenerse, pensando en Dios y en la Virgen, y de hacer lo contrario a que se incline, en caso de humor colérico; y de ser amable aun con los importunos; de hacer examen de su conducta antes de comer y de dormir; de "decir cada hora infernus est domus mea, y soy peor que los demonios"; de hacer actos de humildad, como besar el suelo y desearse toda clase de humillaciones, "procurando no merecerlas", y de alegrarse que censuren sus actos y su persona; de oír misa, rezar el Rosario y leer el Kempis, diariamente, y de conservar la presencia de Dios; y de confesarse, por lo menos, una vez cada semana.

Luego vienen once artículos con nueva numeración. Ha de hacer examen general de su vida cada noche, y examen particular, dos veces al día, sobre la humildad, la modestia, la caridad y la paciencia; lo cual quiere decir, no sólo que habrá de meditar sobre esas virtudes, sino de examinarse para ver en qué ha faltado a ellas y cómo podrá obtenerlas. En las dudas y tentaciones pensará como si estuviese en la hora de su muerte, preguntándose: "¿qué pensaré de esto en mi agonía". Hará siempre lo posible por conservar la presencia de Dios, sobre todo al hablar, para refrenar la lengua. Evitará, con toda prudencia las familiaridades, aun las más inocentes; de lo cual podemos deducir que se trata de las mujeres. No jugará más de una hora, a pesar de que solamente lo hace por puro entretenimiento. Leerá todas las noches, después del Kempis, "éstas y las otras instrucciones", que acaso son aquéllas sobre su vida pública y privada. Se impone esta obligación: cuando haya de decir de alguno que es un tonto o aplicarle otro denuesto, decírselo a sí mismo. Tampoco hablará de él, como no sea para mostrar sus defectos o

malas acciones. Refrenará la vista y el habla y su áspero trato. No deberá rezar en la cama. Levantará el corazón hacia Dios, ofreciéndole sus obras antes de empezarlas. No dirá nada malo de sus enemigos. Y se mortificará todos los días menos el domingo: los lunes, miércoles, viernes y sábado, se castigará con disciplinas, y los martes, jueves y sábados llevará un cilicio.

Observemos cómo él conoce su mayor defecto, el orgullo, y con qué heroísmo trata de arrancárselo. Todo este programa de vida revela su aspiración a la santidad, especialmente esas disciplinas y ese cilicio. ¡Así castiga su carne, humillándose, quien es un jefe de Estado y uno de los más grandes talentos que haya producido América!

¿Cumple García Moreno su programa de vida espiritual? Todo deja creer que sí.

Por lo pronto, consagra a la oración buenos ratos del día. La Misa es parte de la oración, y él la oye diariamente y muchas veces la ayuda. No olvida nunca de hacer su visita al Santísimo Sacramento y a Nuestra Señora del Rosario. En los templos, los fieles le ven rezar con toda la apariencia de una fe profunda. Se absorbe tanto en la oración, que a veces habla en voz alta, sin advertirlo. Más de uno le ha oído exclamar: "¡Señor, salva al Ecuador!" Todos los años hace ejercicios espirituales. No por respeto humano, de que se ha liberado por completo, sino para que no le molesten hace correr la voz de que va a partir para Guachalá o para otro lugar cualquiera; monta a caballo y se dirige hacia Cotocollao, sitio próximo a la capital, en donde tiene una finca; pero al anochecer vuelve a Quito, deja su caballo en las afueras y va al Colegio San Gabriel, donde se encierra en un cuarto. Sólo tres personas tienen noticia de su permanencia en el Colegio: el Rector, el sacerdote que le dirige en sus ejercicios espirituales y el lego que le sirve. Una vez al entrar en su cuarto el sacerdote, sin duda para despertarle, a las cinco de la mañana, lo encuentra en el suelo, boca abajo, dormido: había intentado pasar la noche en oración y el sueño le había vencido. En numerosas ocasiones, personas que entran en su despacho, le encuentran arrodillado ante un Crucifijo, rezando con absorbente devoción; y al ser sorprendido, él se levanta sonriendo, acaso un poco ruborizado, y pide disculpas por no haber advertido la presencia del visitante o del empleado que entrara. Una de sus devociones predilectas es el Rosario; lo reza en los templos; y también en su casa con su familia. Y con quien puede, como con unos obreros irlandeses que trabajan en un aserradero a vapor y a los cuales él trajera de Europa. También tiene la devoción de la Cruz, y—como se verá más adelante—desea alcanzar lo que ella simboliza: el martirio.

Cumple con todas las prescripciones de la Iglesia, entre ellas con las del ayuno. No obstante sus frecuentes enfermedades y el cuantioso trabajo intelectual que realiza desde que se levanta hasta que se duerme, ayuna du-

rante los cuarenta días de la cuaresma. Y ayuna sin atenuaciones de ninguna especie, con la estrictez de los santos. Más de una vez se le reprocha este exceso. A cierto amigo le contesta: "¿Pues qué? ¿Por ser Presidente he dejado de ser hijo de la Iglesia?" Y le declara que si para gobernar fuese necesario faltar a los preceptos de la Iglesia, se retiraría inmediatamente a la vida privada.

Asiste a las procesiones y siente un verdadero placer en llevar el guión. No lo hace por ostentar su fe, sino por dar ejemplo y por humildad. También acompaña al Viático cuando ve que lo llevan a algún moribundo. Encabeza el Vía Crucis de los miembros de la congregación a que pertenece, y que no es la de Caballeros sino la de los Artesanos, a los cuales suele leerles y explicarles trozos de los Evangelios y de otras obras religiosas.

Con esta permanente e intensa práctica de la oración, de la penitencia y de los preceptos de la Iglesia, es lógico que García Moreno, al par que destruye en él al hombre antiguo, vaya logrando la virtud cristiana. Aun prescindiendo de la opinión de los creyentes, quienes consideran que Dios envía su gracia a quienes tan heroicamente luchan contra sí mismos, puede convenirse, desde el punto de vista humano, en los efectos positivos del ejercicio religioso. La Psicología y aun la Fisiología nos enseñan sobre la eficacia de la repetición de los actos y de las palabras. ¡Qué no será cuando los actos y las palabras se repiten con hondo fervor, con el alma entera, y cuando se trata de actos y de palabras que llenan la vida de un hombre, la guían y la exaltan!

La primera de las virtudes cristianas es la caridad, que no sólo consiste en dar limosnas sino en dar, además de dinero, muchas otras cosas: consuelos, ejemplos, consejos, enseñanzas. Hace caridad el que enseña a rezar y el que enseña a leer; el que procura regenerar al pecador; el que acompaña a los enfermos y asiste a los moribundos. García Moreno, que en los combates consolaba a los heridos y lloraba al verlos sufrir, llega a ser, en sus últimos años, un auténtico hombre de caridad.

En las cartas a su mujer se ve cómo acompaña a los enfermos y cómo los trata. En Guayaquil ha visitado a Angelita Mateus. La ha encontrado muy abatida y débil. "Hago lo posible por reanimarla. La veo dos veces al día". En Guaranda se entera de que han muerto Julia Ruiz, su marido y una hijita: la primera, y acaso los tres de fiebre amarilla. "No tienes idea de lo que me ha afectado esta lamentable noticia". Siente la muerte de Julia Ruiz; pero "mil veces más", siente la desgracia de Rafaela, que es la madre de la muerta, a quien compadece con toda su alma. Al parecer, Rafaela, que sin duda vive en Quito, ignora su tremenda desgracia. García Moreno le ruega a su mujer: "Tú, no divulgues esta noticia; que la madre no sufra por nuestra causa."

Todas las mañanas visita a los enfermos del Hospital, a los enfermos de la cárcel y a los leprosos. Habla con ellos y trata de consolarlos y de in-

fundirles la esperanza en Dios. Con los leprosos llega hasta el heroísmo de comer en su compañía.

Caridad es también para el creyente el trabajar con el fin de que los otros sigan el sendero de Cristo. He ahí un gran amigo de García Moreno, que se dice cristiano pero que no practica la religión. Hace años que no se confiesa. García Moreno le cuenta haber ofrecido un ramillete a la Virgen y que él lo pagará. El amigo, hombre de fortuna, interpreta las palabras de García Moreno en sentido material y le contesta que pagará con placer todas las flores que quiera. Pero el ramillete consiste en el ofrecimiento de que ambos irán a comulgar juntos en el día de Nuestra Señora de la Merced.

También hace caridad el que ruega a Dios por el alma de los demás. Cuando su antiguo criado Salazar, soldado en el Ejército, es condenado a muerte por haber abofeteado a un general, pídenle a García Moreno el indulto. El, entre lágrimas, contesta: "¡Sabe Dios cuán vivo es en mí este deseo, pero mi conciencia no me lo permite!" Y se va a una iglesia y allí permanece orando todo el tiempo, para no oír la descarga y para pedir a Dios por el alma del desdichado.

Los pobres y los enfermos están para él por sobre todas las cosas. Su intolerancia de otro tiempo se ha amenguado en mucho, pero no cuando se trata de los desgraciados. He aquí que el Presidente ha llegado a Guayaquil Tal vez hace algún tiempo que no va a esa ciudad. Uno de sus primeros actos es visitar a los enfermos del Hospital. Allí con gran disgusto, se informa de que muchos de ellos carecen de leche y duermen en esteras. El Gobernador de la provincia duramente increpado por García Moreno, alega falta de recursos y promete que dentro de algunas semanas todos los enfermos tendrán su lecho. El Presidente le contesta: "Dentro de una semana no, porque no pueden esperar. Esta noche dormirá usted aquí, junto a los enfermos y en una estera, y todas las noches sucederá lo mismo hasta que todos los enfermos tengan una cama con colchón". Al anochecer, había camas para todos los que habían dormido en esteras.

Es cosa de no creer, pero el orgulloso que fué hasta hace pocos años García Moreno, se ha convertido en un hombre humilde. ¿Cómo se ha operado semejante transformación? ¿Es un milagro de Cristo? Es el milagro —ya se ha dicho—de la poderosa voluntad de García Moreno.

Caridad y humildad van unidas, y casi siempre forman una sola virtud. Porque si hay caridad en visitar a los enfermos, también hay en ella humildad. Pero García Moreno es igualmente humilde en otras formas. Si por acaso, y a pesar de su vigilancia interior, molesta a quien quiera que sea, pide perdón. Entre otros casos cuéntase uno muy significativo, ocurrido con un sacerdote. El Presidente está harto atareado en su despacho, cuando entra el eclesiástico para comunicarle algo que considera urgente. García Moreno

que ya ha recibido mal la interrupción, ahora, al enterarse de la insignificancia del asunto, despide ásperamente al importuno. El sacerdote retírase incomodado, pero no tarda en olvidar su disgusto. Y al otro día, temprano, preséntasele García Moreno a pedirle perdón.

Ante los sacerdotes, representantes de Cristo, él tiene la humildad de un cristiano. Considérase frente a un sacerdote, como un ciudadano cualquiera. He ahí un fraile capuchino que se descubre en su presencia. Le ruega ponerse el sombrero. "Un pobre religioso no puede estar cubierto en presencia del Presidente de la República", contesta el fraile; García Moreno le quita el sombrero de la mano, se lo pone al capuchino en la cabeza y le dice: "¿Qué es un Presidente del Ecuador en presencia de un sacerdote de Dios?". Y otra vez en que el prior de San Diego, iglesia de las afueras, le ofrece enviarle a su confesor habitual, fray Manuel de Antuñano, a fin de que no pierda su precioso tiempo, García Moreno le responde: "No, padre. Es al culpable a quien le toca ir al juez y no al juez correr en busca del pecador."

No demuestra menos humildad al dirigirse a ciertos prelados por carta y pedirles que le digan los errores en que como gobernante ha incurrido. Y el dar la razón a los otros en las discusiones, es también prueba de humildad. Y cuando le ruegan cuidarse porque puede ser asesinado y él es el único que puede gobernar al Ecuador, contesta: "Para Dios no hay hombre necesario."

No busca honores, ni gusta de exhibirse y ser aplaudido. Es naturalmente modesto, y la modestia constituye una expresión de la humildad. Un ejemplo de su modestia, citado varias veces, en su oposición a que se le ponga su nombre a una especie recién descubierta de una flor, y obtiene del naturalista que le dé el nombre de la Virgen. Sólo por devoción y para dar el ejemplo exhíbese García Moreno en los actos religiosos.

Pero la más bella forma de la humildad cristiana, es el recibir las injurias con resignación; aceptarlas como algo que merecemos por nuestros pecados. García Moreno tiene en grado heroico esta tremenda virtud. No la tuvo en otros años ciertamente, cuando devolvía los ataques en proporción de tres a uno; cuando injuriaba o atacaba sin la menor misericordia a Flores, a Espinel o a Urvina. Ahora, el injuriador de otro tiempo, convertido en cristiano perfecto, hasta se alegra de que lo maltraten. Más de una vez, quienes le rodean le han oído exclamar al enterarse de una feroz calumnia o injuria: "Bienaventurados seréis cuando os maldijeren". En cierta ocasión ha dicho: "No puedo evitar la involuntaria alegría de que me siento poseído al verme calumniado e injuriado sin tregua por los enemigos de la Iglesia". Y en otra: "Si mis enemigos me aborrecieran por alguna falta cometida, les agradecería y procuraría corregirme; pero si ellos aborrecen en mí la fidelidad a mi Dios, también les agradezco y me esforzaré en merecer sus odios: la injuria es mi salario."

Sin embargo, a pesar de que el García Moreno injuriador e inmisericorde ha muerto definitivamente para renacer en el hombre de Cristo que es ahora, sus enemigos de entonces, así como los póstumos, sólo hablan de aquellas injurias y nunca de sus virtudes.

Las creen hipocresía, tal vez porque ellos, como la mayoría absoluta de los humanos, no pueden comprenderlas. Tanta virtud en un hombre que anda en el mundo, que ejerce el poder, les parece inconcebible. Suponen algún oculto interés. Creen que lo hace para tapar maldades y vicios. Y como él ha sido en otro tiempo pecador, violento y orgulloso y no saben que ha dejarlo de serlo—o no lo quieren saber—es lógico que atribuyan sus virtudes de ahora a móviles escondidos. Los que no son cristianos, difícilmente comprenden la revolución moral que produce en un alma el verdadero encuentro con Cristo. Es inútil que las biografías de los santos y que los estudios sobre los efectos de la conversión revelen las transformaciones de ciertas almas. Los hombres "carnales", los que sólo viven para el placer, o la vanidad, nunca podrán comprenderlas.

García Moreno es el hombre menos hipócrita del mundo, como que practica la franqueza y hasta en forma exagerada. No es capaz de decir lo que no piensa; ni de hacer nada contrario a sus convicciones, salvo en un instante de pasión. Pero sus malas pasiones han sido completamente dominadas, ahogadas, exterminadas. En los últimos años de su segunda Presidencia, no tiene él otra pasión que la de Cristo.

No ostenta su religiosidad porque lo crean religioso. En lo posible la esconde, como es natural: la intimidal con Dios exige soledad y silencio. Cuando se muestra públicamente en actos religiosos lo hace—repitámolo—para dar ejemplo, por noble proselitismo. O mejor dicho: por caridad hacia los otros. Pues él sabe cómo a otras almas les hace bien el ver al Presidente de la República, a un hombre de su colosal prestigio, realizando un acto de devoción.

Pero si él no anda exhibiendo su intimidad religiosa, por ejemplo sus penitencias, que fueron descubiertas por casualidad, cree un deber del católico mostrarse como tal. Lo dice en su Mensaje del 73: "Pues que tenemos la dicha de ser católicos; seámoslo lógica y abiertamente; seámoslo en nuestra vida privada y en nuestra existencia pública y confirmemos la verdad de nuestros sentimientos y de nuestras palabras con el testimonio público de nuestras obras". Este deber del católico le parece mayor por esos días, "en tiempo de la guerra espantosa y universal que se hace a nuestra Religión sacrosanta; ahora que la blasfemia de los apóstatas llega aun a negar la divinidad de Jesús, nuestro Dios y Señor; ahora que todo se liga, que todo conspira contra Dios y su ungido...' La conducta animosa, resuelta y consecuente le parece doblemente obligatoria al católico; y la inacción en el combate, traición o cobardía. Invita a los católicos a proceder con "fidelidad incontrastable", fincando su esperanza en la protección del Altísimo. Y por su parte, él se considera feliz si merece "el odio, las calumnias y los insultos de los enemigos de nuestro Dios y de nuestra Fe."

Todos los que le rodean conocen su profunda sinceridad religiosa. Hay numerosos testigos sobre esto. El general Salazar dirá que García Moreno poseía "la fe religiosa más incontrastable que puede albergar el pecho hu-

mano". Y en fin, ahí están sus penitencias para probar su sinceridad. Nadie se azota para hacer creer a los demás en su virtud.

El hombre hipócrita simula virtud o religiosidad para quedar bien con otro o con otros. Es seguro que en el Ecuador de García Moreno muchos nombres se fingen fervorosos creyentes para obtener de él algún favor o simplemente por adularle. Pero él, ¿ante quién puede tratar de fingir?

Estas consideraciones parecerán poco menos que inútiles. Pero no lo son. En el Ecuador, enemigos de García Moreno han negado su sincera religiosidad, y aún hoy, a más de sesenta años de su muerte, no falta quien repita en el Ecuador y otros países de América, que García Moreno, el hombre que se azotaba, que comulgaba con gran frecuencia, que deseaba morir por Cristo, no era católico.

No hay perfecta virtud cristiana sin la obediencia. Virtud difícil, a veces heroica, por aquel fondo de orgullo y vanidad, de rebeldía y suficiencia que todos tenemos. Pero García Moreno, que es el primer mandatario de la República, que no tiene padres, ¿a quién deberá obedecer?

Ante todo, a las leyes de su patria. Más de una vez, en otros tiempos las ha desobedecido. Pero lo ha hecho por salvar al país. Para evitar su desobediencia, al tener que cumplir leyes absurdas o deficientes, él ha dado al Ecuador nuevas leyes, las que él puede cumplir y cumple. Desde 1869 pocas veces ha desobedecido García Moreno a las leyes. Y en los últimos años, ninguna vez.

Tiene que obedecer, como gobernante y como hombre, a Dios. Por encima de las leyes humanas están las leyes divinas. El ha tratado de que las segundas no contradigan a las primeras, sino de que las realicen e interpreten. Por eso ha dado a su patria una Constitución cristiana, por eso ha tratado de crear un orden cristiano. Como gobernante y como hombre, él no supone que pueda ocurrir algo contra la voluntad de Dios. Y se afana en descubrirla y en conocerla. Por esto son tan frecuentes en sus labios y aun en sus últimos escritos las frases como ésta: "Señor mío Jesucristo, dadme amor y humildad; hacedme conocer lo que hoy debo hacer en vuestro servicio."

También como cristiano y gobernante de un país cristiano debe obediencia al Santo Padre, al representante de Cristo en la tierra. Nadie como él está más dispuesto a obedecer al Papa. Junto con la obediencia le mueve el amor. ¡Qué devoción la que siente por el Santo Padre! "Cuanto más nos bendice Vuestra Señoría—le escribe a Pío IX—siento que crece más mi confianza en Dios, fuente única de todo valor y de toda fortaleza". A un amigo que está en Europa y ha podido ver al Papa, le dice: "Envidio tu felicidad de haber besado los pies del Vicario de Jesucristo y conversado con él, ¡con el, a quien amo más que a mi padre y por cuya defensa y libertad daría la vida de mis hijos!" Observemos las terribles palabras: daría la vida de mis hijos...

Pero nada más elocuente como manifestación de obediencia y de veneración al Santo Padre que la carta que le dirige a Pío IX veinte días antes

de morir. Le pide otra vez la bendición "para obtener del cielo fuerzas y luces que necesito más que ninguno, para ser fiel a nuestro Redentor y obediente a su Vicario infalible."

Hay en García Moreno en estos postreros años de su vida, una extraña ambición: la de sufrir y morir por Cristo. Este deseo, extraordinariamente raro, aun en los cristianos más virtuosos, sólo es propio de los santos.

La primera manifestación pública de su ambición de martirio—que ha debido sorprender a quienes no le conocen bien—la hace en su discurso al asumir el mando por segunda vez, en 1869, y refiriéndose a su juramento. "¡Feliz yo—exclama al terminar—si logro sellarlo con mi sangre, en defensa de nuestro augusto símbolo, Religión y Patria!" Sellarlo con mi sangre... A un sacerdote le escribe cinco años después, en 1874, rogándole que le pida a Dios fuerzas no sólo para hacer el bien a sus enemigos, sino para regocijarse de tener que sufrir "en unión con Nuestro Señor". Considera "una verdadera felicidad", el sufrir los insultos en compañía de los institutos religiosos, de los obispos y del Sumo Pontífice. Y recordemos cómo, en 1873, le pide al Papa alcanzarle de Dios "que le conceda morir en defensa de la Fe y de la Iglesia."

Tiene la certeza de que su muerte ha sido resuelta por sus enemigos, y no se atemoriza. Sabe que entre esos enemigos, figuraba la Masonería, que ve en él, al hombre de Cristo. Por esto, hasta le alegra el morir. Y así, el 4 de agosto de 1875, se lo escribe a su íntimo amigo, don Juan Aguirre, que está en Europa: "Voy a ser asesinado. Soy dichoso de morir por la santa Fe. Nos veremos en el cielo."

Esta misma certidumbre la demuestra en su carta al Papa Pío IX, del 17 de julio de 1875. Sabe que las logias de los países vecinos, instigadas por las de Alemania, procuran "sigilosamente" los medios de asesinarle. Por esto —dícele al Santo Padre—"necesito más que nunca de la protección divina para vivir y morir en defensa de nuestra Religión santa y de esta pequeña República". Y agrega estas exclamaciones: "¡Qué fortuna para mí, Santísimo Padre, la de ser aborrecido y calumniado por causa de nuestro divino redentor! ¡Y qué felicidad tan inmensa sería para mí, si vuestra bendición me alcanzara del Cielo el derramar mi sangre por el que, siendo Dios, quiso derramar la suya en la Cruz, por nosotros!"

Palabras claras y terminantes. Más, no podrían serlo. Y él se las dice al Papa, al Vicario de Cristo. Aparte de que no ha de mentirle al Santo Padre, hay en ellas una unción, una sinceridad y una tristeza que impresionan. Sí, una tristeza. ¿Cómo no ha de apenarle el dejar a su Marianita y a sus hijos, a los que adora? Y observemos, cómo no sólo espera la muerte, sino que le ruega al Santo Padre alcanzar del cielo "el morir en defensa de la Fe y de la Iglesia", el favor de derramar su sangre por Cristo, por aquél que, siendo Dios, la derramó por nosotros en la Cruz...

Este deseo de dar la vida por Cristo es, sin duda, lo que le infunde a García Moreno su honda devoción por la Cruz. Por esta devoción ama tanto a Pío IX, al que considera, por haber perdido sus Estados y recibido humillaciones y estar prisionero, como el Pontífice crucificado. Se ha recordado el lema que se aplica a este gran Papa: Crux de cruce. Es decir: cruz que viene de la cruz. Es la cruz, símbolo de sufrimiento y martirio. En ella murió Jesús. ¿Cómo no ha de amarla García Moreno? ¿Y cómo no ha de aspirar a ella el gobernante cristiano por excelencia, el católico que siente la pasión de Cristo? Nadie, entre los laicos, ha hecho por la Iglesia y por Cristo, en el mundo entero, lo que el Presidente del Ecuador. Sabe que su obra le ha atraído el odio de los enemigos de Cristo. Y sabe que, muriendo por la Iglesia y por Cristo, él completará esa obra. No solamente ganará el Cielo para su alma, sino que ganará muchas almas para Cristo en América y en el mundo entero. Por esto, él quiere dar su sangre. No es sólo su salvación lo que busca, el rescate de sus grandes pecados, el perdón de Dios por el martirio de Borja, por los fusilados de Jambelí, sino la salvación de otros hombres, la salvación de la Iglesia en América, la salvación de Cristo en los corazones.

Y he aquí que va a dar ante los hombres, y ante el mundo asombrado, una estupenda prueba de su amor a la Cruz. Vamos a asistir a uno de los más extraños y grandiosos acontecimientos que hayan ocurrido en América y en el mundo. Diríase un suceso de la Edad Media, cuyo protagonista pudo ser San Luis de Francia o Godofredo de Bouillón. Se necesitaría para describir esta escena sublime, la pluma de Shakespeare, esplendorosa de colores y de sonidos, o la pluma ingenua, y a la vez épica, con que el beato Jacobo de Vorágine refirió las historias de los santos en su Leyenda Dorada.

Es un día de 1874. Imaginémonos el escenario del acontecimiento que va a ocurrir. Estamos en la maravillosa Quito. Gigantescos cerros, el Pichincha, el Panecillo, el Ichimbía, que se ve desde cualquier punto de la pequeña ciudad, serán los testigos del suceso. He ahí la Plaza Mayor, con sus viejas casas coloniales y su Catedral magnífica. La iglesia desborda de concurrencia. He ahí al Presidente de la República y sus Ministros. Hay señores, artesanos, indios. Todos están unidos por la fe de Cristo y exaltados en el sentimiento religioso.

Ese día termina una "misión" de los padres redentoristas. Han predicado y confesado. Como recuerdo de estos actos de fe, han querido regalar a la ciudad una cruz. Es una espléndida e imponente cruz. Tiene seis metros de largo y un pie de grosor y procede de un árbol entero. Concluída la ceremonia, esta enorme cruz va a ser llevada en procesión por las calles, para volver a la Catedral, en donde será plantada.

Uno de los padres de la misión está predicando. ¡Con qué recogimiento lo escuchan! Quien más atiende a sus palabras es el doctor Gabriel García Moreno, el Presidente de la República. A pesar de ser él un sabio en Historia y en Teología, como lo es en otras disciplinas, escucha al pre-

dicador con interés con que le escucharía si fuese un ignorante. Incorpora a su espíritu instantáneamente las palabras del sacerdote. Quizá no es un insigne orador; pero para él es como si hablase el propio Cristo.

¿Qué dice ahora el predicador? Habla de la redención por la Cruz Desea que la procesión que va a recorrer las calles, signifique el triunfo de Cristo Redendor. Recuerda como el Emperador Heraclio, doce siglos atrás, cargó sobre sus espaldas la Cruz del Calvario, que los persas se habían llevado de Jerusalén y que acababa de ser devuelta. El predicador espera que todos, arrojando de sí el respeto humano, envidien el mismo honor.

Va a empezar en seguida la procesión. El predicador ha pronunciado sus últimas palabras. Ahí está la enorme Cruz que aguarda ser cargada por los fieles. De pronto, asombro en todos los semblantes. ¿Qué va a hacer el Presidente de la República? Se ha acercado a la Cruz y quiere llevarla sobre sus hombros. Los ojos de todos los asistentes se agrandan de estupor. Algunos se han llenado de lágrimas de emoción. La voz se difunde por todo el templo. Pero como la procesión comienza, la gente sale a la plaza, donde hay una multitud como raras veces se ha visto en Quito. Ya está sobre los hombros del Presidente de la República la pesada Cruz.

Y entonces, la ciudad asiste al más extraordinario de los espectáculos el doctor García Moreno, el ex-Rector de la Universidad, el ex-General en Jefe del Ejército, el escritor, el sabio, el legislador, el Presidente de la República, ha empezado a andar lentamente, llevando sobre sus hombros la Cruz de Cristo, por las calles atónitas y conmovidas de la vieja capital.

Y el pueblo le sigue, estupefacto, lleno de lágrimas, sin creer a sus propios ojos. El Ministro del Interior le ayuda. Dice alguno de sus enemigos, creyendo ridiculizar a García Moreno, que en aquella imitación de la Vía Crucis, tiene el Presidente su Cirineo y que, en cierta parte del camino, una mujer, al verle agobiado y sudoroso, le ofrece una taza de caldo. Lejos de ridiculizarle, agrándanle con esto El mismo viene a ser otro Cristo. el imitador del Hijo de María. El ha querido honrarse cargando la Cruz. Y si no morirá crucificado, acaso sabe ya, porque lo ve con su visión genial. que soportará por Cristo su martirio.

Y allá va el Presidente de la República, con la Cruz a cuestas. Va entre rezos y lágrimas y expresiones de asombro y de admiración. Todos comprenden, y acabarán de comprender un año más tarde, el símbolo de lo que están presenciando. Y allá va por las calles de Quito, mientras las campanas son echadas a vuelo, ante las montañas gigantescas, con la Cruz de Jesús sobre sus hombros, en un sublime acto de humildad y fe, el Presidente de la República, el doctor don Gabriel García Moreno, convertido en otro Cristo...

Tomado de "Vida de Don Gabriel García Moreno", por Manuel Gálvez, páginas 353-367.